



UNIVERSIDAD
DE PIURA

REPOSITORIO INSTITUCIONAL
PIRHUA

La casa de Odiseo

María Pía Chirinos Montalbetti

2006

Facultad de Humanidad

Departamento de Humanidades, Área de Filosofía



Esta obra está bajo una [licencia](#)
[Creative Commons Atribución-](#)
[NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú](#)

Repositorio institucional PIRHUA – Universidad de Piura

La casa de Odiseo

María Pía Chirinos Pontificia
Università della Santa Croce, Roma

Puede resultar una osadía volver sobre este clásico homérico y pretender aportar un enfoque original. Pero con ello sigo al pie de la letra no sólo el tema del Congreso –que incluye el término “casa”– sino también su presentación, con la expresa referencia a Odiseo. Esta conjunción de vocablos –y no otros– no es casual: no estamos ante la “casa de Penélope”, ni ante el “regreso de Odiseo”, el héroe de Troya. No. El propósito es desvelar el valor antropológico de la casa a partir de las notas de humanidad de un personaje que hasta hoy se ha presentado más como un semi-dios, como un héroe, o incluso como un viajero astuto, prudente y valeroso.

La exposición afrontará tres temas: en primer lugar, quién es Odiseo y concretamente, por qué podemos afirmar que, en *La Odisea*, Homero lo presenta principalmente como un ser humano. En segundo lugar, entre los tópicos de este poema heroico, señalaré uno –el de la hospitalidad– que, además de ser el más recurrente, permitirá introducirnos en el tema de la casa. En tercer lugar, intentaré profundizar en el “reconocimiento”, nota presente en toda relación familiar, pero no sólo desde el punto de vista de Odiseo –que podría calificarse de “reconocimiento pasivo”–, sino muy especialmente desde su dimensión activa: quiénes lo reconocen y, sobre todo, cómo. Sólo entonces podremos reunir las características para definir cabalmente el contenido de *la casa de Odiseo*.

1. ¿Quién es Odiseo?

No son pocas las interpretaciones de *La Odisea* desde *La Ilíada* que presentan a un Odiseo como el héroe que aplica toda su astucia y su valor a los incontables obstáculos de regreso a casa¹. Pero su aportación hermenéutica aumenta cuando se comprende que, sólo a partir de los grandes triunfos narrados en *La Ilíada*, el argumento de *La Odisea* alcanza su auténtica profundidad antropológica. En efecto, la pregunta de fondo sería la siguiente: ¿cómo se explica que Odiseo, con todas sus dotes excepcionales y con el favor de muchos dioses, no acepte la propuesta de convertirse en inmortal, y por tanto rechace una felicidad que parece la más alta que un ser humano puede pretender?

La respuesta se recoge en el inicio del poema: “todos los demás [héroes de Troya], cuantos habían escapado a la amarga muerte, estaban en casa, dejando atrás la guerra y el mar. Sólo él estaba privado de regreso y esposa y lo retenía en su

¹ Cfr., p.ej., M.I. FINLEY, *The World of Odysseus*, New York Review Books, New York 2002.

cóncaua cueua la ninfa Calipso, divina entre las diosas” (I, 10 ss.)², quien intentaba hechizarlo con suaves y astutas razones para que se olvidara de Ítaca, pero Odiseo, que anhelaba ver el humo de su tierra, prefería morir (cfr. I, 50-60).

Esta es la clave hermenéutica: Odiseo no añora la guerra, ni el honor, ni la gloria, sino su casa, que prefiere por encima del don de la inmortalidad. Hay un progresivo desprendimiento de aquellas notas –excepcionales y extraordinarias– que en *La Ilíada* son las propias del héroe, y, a la vez, hay también un progresivo acercamiento a otras notas, normales y cotidianas, que definen al hombre. Por tanto, a la pregunta ¿quién es Odiseo?, la respuesta es la siguiente: Odiseo es, ante todo, un ser humano, dependiente no sólo de otros seres, también humanos, sino de realidades, ordinarias, materiales y, para ojos de muchos, intrascendentes. Odiseo depende positivamente de la *oikia* o ámbito doméstico (sobre el que volveré), hasta el punto de que es su principal móvil, una auténtica causa final para el regreso. Es claramente lo primero en la intención y lo último en la ejecución.

Hay en *La Odisea* abundantes indicios de esta humanidad dependiente. Si en *La Ilíada* encontramos una serie de acciones heroicas³, en *La Odisea*, por el contrario, se nos presentan otras más ordinarias, que incluso reflejan una fragilidad que se consideraría opuesta al valor y a la virilidad: el llanto. Cuando Odiseo se encontraba todavía raptado por Calipso, “durante el día se sentaba en las piedras de la orilla desgarrando su ánimo con lágrimas, gemidos y dolores, y miraba al estéril mar derramando lágrimas” (I, 150). Pero quizá conmueva aún más el momento del reconocimiento de Telémaco, su hijo: “a los dos les entró el deseo de llorar, y lloraban” (XVI, 210). Llanto, por tanto, humano; pasión, consecuencia de la tristeza, de la debilidad, del dolor del alma ante la desgracia, pero también ante la emoción, como cuando se encuentra con Telémaco.

Con todo, aunque el llanto sea señal de humanidad, Homero no define por él al hombre. Cuando Odiseo narra su encuentro con Polifemo, el cíclope, encontramos lo que podríamos denominar una descripción negativa del ser humano⁴: “proseguimos navegando con el corazón acongojado, y llegamos a la tierra de los Cíclopes, los soberbios, los sin ley; los que, obedientes a los inmortales, no plantan con sus manos frutos ni labran la tierra, sino que todo les nace sin sembrar y sin arar: trigo y cebada y viñas que producen vino de gordos racimos; la lluvia de Zeus los hace crecer. No tienen ni ágoras donde se emite consejo ni leyes; habitan las cumbres de elevadas montañas, en profundas cuevas y cada uno es legislador de sus hijos y esposas y no se preocupan de otros” (IX, 105-115). Tradicionalmente, lo que más se ha destacado en este texto ha sido la estrecha vinculación entre la capacidad humana de relación o sociabilidad y la justicia que nace de las leyes propias del ágora. Sin embargo, suele dejarse de lado la explícita referencia al trabajo, como producción de bienes

² Sigo *La Odisea* (ed. de José Luis Calvo), Ed. Cátedra, Madrid 1998, 9^a ed. Las referencias corresponden al libro y a los versículos.

³ Cfr. M.I. FINLEY, *The World of...*, p.25.

⁴ Cfr. L.R. KASS, *The Hungry Soul. Eating and the Perfecting of Our Nature*, The University of Chicago Press, Chicago 1999, 2^a ed., pp.110ss.

corporales. Ciertamente, los cíclopes son asociales y soberbios, por no someterse a ninguna autoridad. Sólo dominan a sus esposas y sus hijos, pero es un dominio que se parece más al del animal con su descendencia. Y la prueba de esto se manifiesta en que ni sus hijos ni sus esposas se dedican a las labores propias de la *oikia*, ni por tanto habitan en casas, sino en lugares inhóspitos. No parece que formen algo semejante a una familia.

¿Y qué caracteriza al hombre como miembro de una casa? Odiseo, en sus peripecias, cada vez que llega a tierras desconocidas, envía a sus compañeros para indagar si ahí viven auténticos hombres, y con ello se refiere precisamente a “los que comen pan sobre la tierra” (X, 100). A diferencia de los cíclopes, el pan elaborado a partir del trigo indica la presencia de seres plenamente humanos: sociales y hospitalarios. Por tanto, el trabajo manual y cotidiano para producir pan o vino, la trituration y fermentación de granos o de vides para satisfacer necesidades básicas, no tienen una connotación negativa. Es más, indican procesos tan poco naturales y difíciles de inventar, que según tradiciones antiguas, fueron los dioses quienes las enseñaron al hombre como un don secreto⁵. Manifiestan una relación del hombre con la divinidad.

2. La hospitalidad en La Odisea: una casa que acoge.

Se ha escrito, por ejemplo, que “no hay detalle singular que reciba tanta atención en *La Ilíada* y en *La Odisea*, como el intercambio de dones en la vida de los héroes”⁶, pero cuando se advierte que este intercambio forma parte precisamente de la antiquísima tradición de la hospitalidad, entonces se descubre que es ésta la que ocupa un lugar privilegiado en ambas obras. Los estudios sobre la *xenia* u hospitalidad coinciden en definirla como un “hacer el bien” (*eu poiein*) al extraño; en donde “hacer” se corresponde con “fabricar o producir bienestar”⁷. Es el uso poiético de la razón, que según Aristóteles, es el del trabajo manual y material. La *poiesis* transforma la materia, y acaba en un producto de uso o de consumo, como medio de subsistencia (*Lebensmittel*⁸) para la vida ordinaria y las necesidades básicas. Quien brinda hospitalidad ofrece en primer lugar unos trabajos bastante ordinarios: dar de comer, lavar, vestir, preparar un lugar para reposar, etc., presentes por doquier en *La Odisea* y que revelan notas de una humanidad frágil y vulnerable, dependiente de estos trabajos, plena de sociabilidad, y, por contraposición, ausente en los cíclopes.

Recojamos algunos textos. Telémaco es recibido por Menelao, rey de Esparta. Después de entrar en el palacio acompañado por Atenea, “marcharon a unas bañeras bien pulidas y se lavaron. Y luego que las esclavas los hubieron ungido con aceite, y les pusieron las ropas de lana y mantos, fueron a sentarse en sillas junto al Átrida

⁵ Cfr. L.R. KASS, *The Hungry Soul*, pp.121ss.

⁶ M.I. FINLEY, *The World of...*, p.62. He desarrollado este tema “La *xenia*: amistad y hospitalidad en la cosmovisión griega”, en el XIII Convegno di Studio: *La necessità dell'amicizia*, Pontificia Università della Santa Croce, Roma 2005.

⁷ Cfr. H. BOLKESTEIN, *Wohltätigkeit und Armenpflege im Vorchristlichen Altertum*, Verlag Bouma's Boekhuis N.V., Groningen 1967, pp.216ss., 90ss. ⁸ Cfr. *ibid.*, p.231.

Menelao. Y una esclava vertió agua de lavamanos que traía en bello jarrón de oro sobre fuente de plata y colocó al lado una pulida mesa. Y la venerable ama de llaves trajo pan y sirvió la mesa colocando abundantes alimentos, favoreciéndoles entre los que estaban presentes. Y el trinchador les sacó platos de carnes de todas clases y puso a su lado copas de oro” (IV, 50 ss). No es un comportamiento excepcional, ni prerrogativa de los poderosos y ricos. Lo vemos en la llegada de Odiseo al país de los feacios, ante la corte de Antínoo, y en el porquero Eumeo, en Ítaca, que ejerce a su medida esta costumbre con su amo incógnito y con apariencia de mendigo: “sígueme, vayamos a mi cabaña, anciano, para que también tú te sacies el apetito de comer y beber y me digas de dónde eres y cuántas penas has tenido que sufrir. Así diciendo, lo condujo a su cabaña el divino porquero; le hizo entrar y sentarse, extendió maleza espesa y encima tendió la piel de una hirsuta cabra salvaje, su propia yacija, grande y peluda...” (XIV, 50 ss).

La hospitalidad en el mundo griego exigía una casa u *oikia* como centro alrededor del cual la vida se organizaba, y del que dependía no sólo la satisfacción de necesidades materiales, sino también normas éticas, obligaciones y derechos, relaciones sociales y con los dioses⁹. Por esto, para que la casa fuera realmente tal, se exigía la presencia de la mujer y de los hijos, así como de siervos o esclavos para los trabajos manuales y domésticos, a favor de las necesidades más básicas; y todos bajo la autoridad de un amo, dueño de la casa.

En el mundo homérico, este entramado de realidades y necesidades cotidianas y materiales no son algo secundario: a partir de ellas se constituye la *oikia*, la casa o familia, que es la primera solución a la dependencia, no sólo en el tiempo sino también en la importancia. La *oikia* representa, por esto, una fuente de solidaridad primaria¹⁰, una escuela de humanidad, en la que se adquieren aquellas virtudes que Alasdair MacIntyre denomina “de la dependencia reconocida”¹¹, que están en la base de todo proceso de madurez racional posterior¹². El hombre aprende a ser humano, a reconocerse como frágil y dependiente, en el ámbito familiar.

3. El reconocimiento.

Como ha escrito Rafael Alvira, la casa es el lugar al que se vuelve¹³ y la familia se define justamente como *el lugar de la intimidad*, de la interioridad: “sólo en ella eres aceptado de modo *absoluto*, incondicionalmente”¹⁴. Esta incondicionalidad, como acabamos de ver, es prerrogativa de la casa hospitalaria en el mundo griego, donde los lazos familiares permiten el reconocimiento de quien a ella pertenece, se encuentre en la situación que se encuentre: como héroe, como mendigo, como esclavo. Pero la genialidad de Homero va más allá y hace del reconocimiento el

⁹ Cfr. M.I. FINLEY, *The World of...*, p.53.

¹⁰ Cfr. A. LLANO, *El diablo es conservador*, EUNSA, Pamplona 2001, p.122.

¹¹ Cfr. A. MACINTYRE, *Animales racionales dependientes*, Paidós Básica, Barcelona 2001, cap.10.

¹² Cfr. *ibid.*, p.159.

¹³ Cfr. *El lugar al que se vuelve: reflexiones sobre la familia*, EUNSA, Pamplona 1998.

¹⁴ R. ALVIRA, *Filosofía de la vida cotidiana*, Rialp, Madrid 2001, 2ª ed., p.19.

punto culminante de la entera trama. Para Odiseo todas las aventuras del viaje ocupan un lugar secundario frente a la condición absoluta de ser reconocido verdaderamente por los suyos: unos lo harán con facilidad, otros no; y con ello se irá desvelando la caracterización psicológica de cada personaje, con sus hondas notas de humanidad, que convierten esta obra en un clásico por antonomasia.

Son conocidos estos pasajes. Odiseo, al darse cuenta de su arribo, “se llenó de gozo por su patria y besó la tierra donadora de grano” (XIII, 350); y, en forma de mendigo, fue acogido hospitalariamente por el porquero Eumeo. Pero éste no lo reconoce. El primero en hacerlo es su hijo Telémaco. Odiseo, aconsejado por Atenea, que le otorga aspecto de dios, se le revela. El reconocimiento se da sin especial dificultad: Telémaco cree la palabra de su padre (XVI, 160 ss, 180-215).

A continuación, “un perro que estaba tumbado enderezó la cabeza y las orejas, el perro Argos, a quien el sufridor Odiseo había criado (...). Cuando vio a Odiseo de cerca, entonces sí que movió la cola y dejó caer sus orejas, pero ya no podía acercarse a su amo. Entonces Odiseo, que le vio desde lejos, se enjugó una lágrima sin que se percatara Eumeo...” (XVII, 290). Es el segundo reconocimiento.

Cuando Odiseo, de nuevo en forma de mendigo, se encuentra finalmente con Penélope, ésta revela su talante. “Forastero, ahora quiero probar si de verdad albergaste en tu palacio a mi esposo. (...) Dime cómo eran los vestidos que cubrían su cuerpo” (XIX, 220). La descripción de Odiseo es tan minuciosa y exacta, que estas “pruebas” materiales ablandan a Penélope y, en recompensa, le ofrece los servicios de la fiel Euriclea, “la que alimentó y crió a aquel desdichado recibéndolo en sus brazos cuando lo parió su madre. Ésta te lavará los pies, aunque está muy débil” (XIX, 340). Y “la anciana tomó un caldero reluciente y le lavaba los pies; echó mucha agua fría y sobre ella derramó caliente. Entonces Odiseo se sentó junto al hogar y se volvió rápidamente hacia la oscuridad, pues sospechó enseguida que ésta, al cogerlo, podría reconocer la cicatriz y sus planes se harían manifiestos. La anciana se acercó a su soberano y lo lavaba. Y enseguida reconoció la cicatriz que en otro tiempo le hiciera un jabalí con su blanco colmillo cuando fue al Parnaso (...) y dijo: “Sin duda eres Odiseo, hijo mío: no te había reconocido antes de ahora, hasta tocar a todo mi señor” (XIX, 460 ss). La escena es un reflejo magnífico del modo de reconocer propio de quienes han dedicado toda su vida al cuidado del prójimo: Euriclea al tocar con sus manos el cuerpo de su amo, descubre su identidad. Nadie se lo dice. Lo reconoce gracias, en primer lugar, al sentido del tacto, a la habilidad de sus manos, habituadas a cuidar y a servir. A partir de estas acciones domésticas referidas a lo corpóreo, llega a un conocimiento más profundo y certero: empático. A diferencia de Telémaco, no necesita palabras, “porque la empatía es una forma de intencionalidad transobjetiva que establece en directo la conexión entre las personas mismas. Es un contacto en cierto modo inapelable y absoluto, que trasciende las convenciones culturales e incluso lingüísticas”¹⁵. Por eso, Penélope la llama anciana de “decisiones discretas”. Es el tercer reconocimiento.

¹⁵ A. LLANO, *El diablo...*, p.42.

Pero queda el más difícil: el de Penélope. Odiseo pide ser reconocido y Penélope le exige darse a conocer. No basta la matanza de los pretendientes o que Atenea le haya devuelto un aspecto de dios. La dureza de Penélope es descrita con adjetivos fuertes: “tu corazón ha sido siempre desconfiado” (XXIII, 70); “es más duro que la piedra” (XXIII, 100). Ella sabe que si de verdad es Odiseo, el reconocimiento se dará “mutuamente, pues tenemos señales secretas para los demás que sólo nosotros conocemos” (XXIII, 105). Penélope lo prueba y Odiseo responde: “hay una señal en el labrado lecho, y lo construí yo y nadie más. Había crecido dentro del palacio un tronco de olivo de extensas hojas, robusto y floreciente, ancho como una columna. Edifiqué el dormitorio en torno a él, hasta acabarlo, con piedras espesas, y lo cubrí bien con un techo y le añadí puertas bien ajustadas, habilidosamente trabadas. Fue entonces cuando corté el follaje del olivo de extensas hojas; empecé a podar el tronco desde la raíz, lo pulí bien y habilidosamente con el bronce y lo igualé con la plomada, convirtiéndolo en pie de la cama, y luego lo taladré todo con el berbiquí. Comenzando por aquí lo pulimenté, hasta acabarlo, lo adorné con oro, plata y marfil y tensé dentro unas correas de piel de buey que brillaban de púrpura. Ésta es la señal que te manifiesto” (XXIII, 175-210).

Odiseo, pues, se revela como el artesano, el trabajador de la casa, como su dueño y autor. Según Finley, en el mundo de Odiseo aún no hay una clara delimitación entre quienes se dedican al ocio, a la política, con una condición libre, y quienes, por realizar trabajos más corporales y materiales, carecen de esta libertad¹⁶. El trabajo manual y material, e incluso el trabajo doméstico, es decir, en favor de la casa, lejos de “clasificar” al hombre, lo define frente al cíclope y forma parte de su identidad: Odiseo se da a conocer así y Penélope lo reconoce.

4. Conclusión.

- Por encima de la victoria, del honor, de la inmortalidad, Odiseo tiene otros valores aparentemente más insignificantes –muy materiales como la tierra, la casa y sus trabajos, o más humanos, como la familia– que están en la base de su felicidad. La Odisea muestra que una fuente importante del auténtico bienestar humano es la casa, entendida en toda su amplitud, es decir, también como ámbito vital por excelencia.
- El ser humano es dependiente y, a la vez, capaz de aliviar la dependencia ajena con distintos cuidados y servicios, muchos de ellos materiales y manuales. Son trabajos que implican un conocimiento empático, distinto del teórico, pero no por ello menor, ya que permiten descubrir, a partir de la fragilidad del prójimo, su humanidad.
- Pero, además de ese conocimiento, los trabajos domésticos y la casa a la que dan lugar, son ocasión para desarrollar virtudes como la generosidad, la fortaleza, la magnanimidad, y presentan una íntima conexión con la excelencia: lejos de denigrar a quienes los realizan, contribuyen a ella.

¹⁶ Cfr. M.I. FINLEY *The World of...*, p.49.

La imagen de hombre de *La Odisea* –que rechaza la vida inmortal a favor de una vuelta a lo ordinario– se inserta en corrientes actuales de la antropología cristiana, que consideran positivamente no sólo nuestra dimensión social y corporal, sino también el trabajo y las circunstancias cotidianas, que se entienden como camino de santificación en medio del mundo. Si esto es así, es decir, si el cristiano, con la ayuda de la gracia, puede encontrar a Dios en lo más ordinario, entonces también el ámbito de la casa, a través de los trabajos que la crean, ocupa un puesto neurálgico en la recristianización de la sociedad. Por eso, es fundamental potenciar todos los aspectos de la familia, no sólo los espirituales sino también los materiales, que la convierten en un lugar privilegiado de humanización (de adquisición de virtudes) y de transmisión de la fe. El mensaje de S. Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, “el santo de lo ordinario”, en palabras de Juan Pablo II, ayuda a desarrollar esta antropología¹⁷. Homero, muchos siglos antes, lo intuyó poéticamente en su caracterización del héroe de Troya que, ante la posibilidad de volverse inmortal, decide volver a casa.

¹⁷ Cfr. P. DONATI, “Senso e valore della vita quotidiana”, en *La grandezza della vita quotidiana*, Edizioni Università della Santa Croce, Roma 2002, t.I, pp.221-263.